

RETORNO A VIRGILIO

1. Influjo estético de Virgilio

1.1. "En estos días el mundo entero conmemora los dos mil años de la muerte de Virgilio, a quien Haecker apropiadamente llamó por antonomasia el Padre de Occidente. Sin duda, podría parecer excesivo llamarlo Padre de Occidente. Occidente no tiene una voz, un dogma, una fuente única; es un espíritu sumado en múltiples expresiones de aptitudes e ideales humanos. Pero Virgilio, el poeta y pensador Virgilio, resume y condensa la obra de sus predecesores griegos y romanos, y en Roma y ya en toda la historia occidental es foco, suma de estilo y humanismo, como profunda génesis espiritual y civilizadora"(1).

Quisimos iniciar nuestro trabajo con estas reflexiones del Dr. Antonio Camarero, vertidas en una memorable conferencia que mucho nos conmoviera en ocasión del V ENCUENTRO REGIONAL DE ESTUDIOS CLASICOS, efectuado en Resistencia (Chaco), en setiembre de 1981, por varias razones: una de ellas, porque nos recuerdan jornadas fraternales de dicho ENCUENTRO, gracias a los esfuerzos de la Sección de Lenguas y Literaturas Clásicas de nuestro Instituto de Letras; la otra, porque nos renuevan el fervor que sentimos por la cultura grecolatina, sobremanera por Virgilio; y, la última, porque nos sirven de introducción al tema elegido, tan traído y llevado como es el de las cualidades retóricas y poéticas, y su tratamiento por parte de especialistas, preceptistas y docentes.

1.2. Sabido es que Publio Virgilio Marón, "nacido en la paz de los campos y siempre lleno de admiración por la ciudad reina"(2), fue puente espiritual, catártico y profético, entre un pasado incipiente y legendario y un futuro culminante y apocalíptico. Sólo así se entiende que, en simbiosis personalísima, pudiera acrisolar la preceptiva ético-estética de sus antecesores griegos y romanos (Platón, Aristóteles, Cicerón, por ejemplo), compartida devotamente con su contemporáneo y mejor amigo (Horacio), e infundirla en posteriores tiempos, pueblos, culturas y hombres privilegiados del Occidente (Quintiliano, San Agustín, Nebrija, Valdés, Du Bellay, Boileau, Mayans y Siscar, Menéndez Pelayo, Albalat, Lapesa Melgar, por ejemplo).

1.3. La escuela argentina no pudo escapar de la influencia virgiliana. A través de célebres autores españoles y americanos (Juan de Mena, Santillana, Manrique, Garcilaso de la Vega, Fray Luis de León, Heredia, Bello,

Labardén, Varela, Lugones, Marechal, Sábato, por nombrar sólo algunos pocos de una lista insospechadamente larga) se forjó el gusto por la literatura occidental, a la vez que se difundían y arraigaban, incluso con todos los riesgos del lenguaje estereotipado, aquellas excelsas cualidades retórico-poéticas grecolatinas. Revisarlas es nuestra intención, pero antes conviene recordar la naturaleza del lenguaje en que ellas se originan.

2. Contenido y expresión del fenómeno lingüístico

2.1. Las primeras preocupaciones por el lenguaje humano de que se tenga testimonio en el mundo de occidente fueron las de Platón. Sus conocidos diálogos, especialmente *Cratilo*, *Gorgias*, *Fedro*, jalonan todo un esfuerzo por explicar su naturaleza esquivada y advertir sobre las ventajas y desventajas del poderío de la palabra. Sin embargo, habría de corresponder a Aristóteles la tarea de distinguir con orden riguroso, con unidad de método, las distintas partes del discurso, sus cualidades revelantes y sus vicios entorpecedores. Lo hace fundamentalmente en sus tratados sobre la *Retórica* y la *Poética*.

Acerca del numen aristotélico de ambas obras, distingue Paul Ricoeur: "La dualidad de la retórica y de la poética refleja una dualidad en el uso del discurso tanto como en las situaciones del discurso. La retórica fue al principio una técnica de la elocuencia; su objetivo es el mismo de la elocuencia, a saber, engendrar la persuasión. Pero esta función tan vasta como sea, no cubre todos los usos del discurso. La poética, el arte de componer poemas, trágicos especialmente, no depende en cuanto a su función ni en cuanto a la situación del discurso de la retórica, arte de la defensa, de la deliberación, de la culpa y el elegio. La poesía no es elocuencia. No apunta a la persuasión, sino que produce la purificación de las pasiones por el terror y la piedad. (...) La tríada *poiêsis-mimêsis-catharsis* describe de manera exclusiva el mundo de la poesía, sin confusión posible con la tríada retórica-prueba-persuasión"(3).

2.2. Deslindadas la retórica y la poética, ellas terminan de entenderse con la integración de los conceptos esenciales de la Analítica (lógica), de la Entelequia (psicología) y de la Ética (moral), disciplinas fundadas, y no casualmente, por el mismo Aristóteles. Con todas ellas, así integradas, se trataba de interpretar la psiquis humana: las leyes del pensamiento, los movimientos del alma y los modos de conducta, en busca siempre de valores más altos (verdad, belleza y bien). Intelecto, sentimiento y voluntad, transferidos a términos del lenguaje antropológico, generaban, además de las actitudes individuales, los estilos mayores: intelectual, afectivo, volitivo; o, si se quiere, discursivo, expresivo, directivo, concretados en un continuum de condiciones y cualidades verbales que respondía a un proceso de invención, disposición y elocución del acto de la palabra. A la manera del alma y el cuerpo, materia y forma unificaban el contenido y la expresión del fenómeno lingüístico. De allí en más, ambas partes constitutivas de un todo andarían estrechamente unidas, como lo entendió el genio griego, pero también muchas veces separadas. Claro es que la razón del divorcio de la pareja contenido-expresión se debe a la preeminencia dada, en distintas épocas y circunstancias, al uno o a la otra.

2.3. La escuela argentina no supo permanecer ajena a los vaivenes interpretativos del complejo expresivo: hasta hoy en día, ciertas áreas disciplinares (ciencias exactas, naturales y algunas sociales) sólo atienden al contenido, y otras áreas (las lingüísticas, plásticas y gimnásticas), sólo a la expresión; excepcionalmente, y a título personal, se cuidan los dos aspectos, como tiene que ser.

En lo que respecta a la infraestructura lengua-literatura, la primacía de la expresión sobre el contenido se justifica por una sobrevaloración de las cualidades retórico-poéticas que nos llegan desde la antigüedad clásica. Revisarlas puede ayudar a comprender el mayor problema que aflige y desconcierta a los docentes: el devenir de la palabra-idea a la palabra-adorno, es desmedro de la coherente manifestación del pensamiento.

3. Revisión de las cualidades retórico-poéticas

3.1. Aristóteles asume la responsabilidad de ser el primero en distinguir las cualidades relevantes del discurso y sus contrarias. Las clasifica en el Libro Tercero de la Retórica, y las remite a ésta en el apartado 9 de la Poética, según convengan a la acción o elocución. Antes de enumerarlas, aclara:

A) "La acción reside en la voz, a saber, cómo conviene usar de ella de acuerdo con cada una de las pasiones, por ejemplo, cuándo deberá ser alta, baja o mediana, y cómo se emplearán los tonos, a saber, agudo, grave y medio, y qué ritmos para cada caso. Tres son las cosas que suelen considerarse, y son éstas, la magnitud (intensidad o volumen de la voz), la armonía (uso de los distintos tonos o inflexiones de la voz) y el ritmo (número, o combinación de sílabas largas y breves)".

B) "Lo que se refiere a la elocución es, no obstante, de alguna manera necesario en toda enseñanza, puesto que, cuando se trata de manifestar algo, tiene su importancia el decirlo de una u otra manera (...) Además, ser actor es un don de la naturaleza y es bastante ajeno al arte, mientras que lo que se refiere a la elocución está dentro del dominio del arte (...) Las palabras escritas poseen mayor fuerza por la elocución que por lo que significan"(4).

(En la intimidad de ambas aclaraciones, se halla la diferencia entre el lenguaje oral y el lenguaje escrito).

Más adelante, dedica capítulos especiales a cada una de las cualidades mejores: claridad, pureza, grandeza, conveniencia, ritmo, período, cultura, elegancia y vivacidad. El sentido que entonces les confiriera con toda firmeza el genial griego marcó su impronta en preceptistas del mundo occidental en los siglos venideros.

3.2. Sin alejarnos demasiado del Estagirita, y en la Roma Imperial, Cicerón nomás las repasa en sus famosos diálogos oratorios (5). En boca de Craso, al sintetizar la retórica griega, estampa las siguientes disquisiciones:

“Aprendí también todo lo que enseñan sobre el ornato del discurso: primero, que se hable con pureza de latinidad; segundo, clara y tersamente; tercero, con elegancia; cuarto, con decoro y según la dignidad del argumento; supe los defectos de cada cosa, y vi que querían dar reglas hasta a las cualidades que más dependen de la naturaleza; sobre la acción de la memoria recibí pocos preceptos, pero luego la fecundé con el ejercicio”. Después, el mismo Craso se extiende largamente en los farragosos problemas del estilo: “¿Y qué modo mejor de decir (...) que expresarse con fuerza latina, con claridad y ornato y en los términos más acomodados al fin que nos proponemos”(6).

(Cicerón es considerado el más grande orador de la Roma de los Césares y uno de los mayores que registra la historia de la humanidad).

3.3. Posteriormente, Horacio habría de impresionar vivamente los espíritus renacentistas, neoclásicos, románticos, modernistas, incluso algunos vanguardistas. Su *Arte Poética* (Epístola a los Pisones) hasta el día de hoy es considerada modelo de preceptiva literaria. De ella, extraemos unas pocas sentencias que favorecen a esta revisión de las cualidades tratadas:

“Toda obra de arte ha de tener por fundamento la simplicidad y la unidad”.

“Quiero ser conciso, pues soy oscuro; quiero ser fluido, terso, pues me falta nervio y vigor. Tal busca lo sublime y da en un estilo hinchado; tal otro ama la tempestad, no se atreve a elevarse, y reptar; un tercero quiero amenizar un tema simple con prodigios y pinta un delfín en el bosque y un jabalí en el mar. Si no hay arte, el miedo de un defecto nos hace caer en otro peor”.

“Vosotros los que escribís, escoged un asunto proporcionado a vuestras fuerzas”.

“Tocante a esto del orden, el mérito y la gracia consisten, si no me engaño, en que las cosas que deben decirse en tal momento, en ese momento se dicen”.

“Cada verso tiene, pues, su propio carácter (...) Manténgase cada una de estas composiciones dentro de sus límites y guarde el estilo adecuado y que el buen gusto le trazase (...) La naturaleza nos predispone interiormente a la expresión que conviene según las situaciones en que nos hallemos; (...) valiéndose del lenguaje, como de un intérprete, expresa los movimientos del alma”.

“Un asunto común, tratado ya por otros, lo puedes tratar tú también, y será como cosa tuya si lo hicieres sin trivialidad, sin andar a rastras del autor y sin que pusieres tu empeño, como un servil copista, en seguirlo palabra por palabra; sin meterte en un círculo estrecho del que no puedas salir como no sea vergonzosamente y violando las reglas del arte”.

“El principio y la fuente para escribir bien es tener juicio; si no, no hay versos que valgan. Sucede a menudo que una obra adolece de faltas de estilo, que no hay soltura ni arte en sus versos, pero que ofrece caracteres naturales y pinta al vivo las costumbres, y sólo por esto gusta más al público que no los versos sin enjundia llenos de sonoras ñoñadas”.

Sé breve en tus preceptos cuando los dieres para que el entendimiento los perciba pronto y retenga fielmente tus palabras. Todo lo superfluo se va y rebosa de la memoria”.

“Para ganar el aplauso de todos hay que saber mezclar lo útil con lo agradable. Recread instruyendo”(7).

(Sabido es que Horacio teorizó lo que, en la práctica, era su realidad poética y, sobremañera, la de su gran amigo Virgilio. Juntos marcarían por siempre los destinos de la literatura occidental neolatina).

3.4. En los albores de la era cristiana, Quintiliano compuso los doce libros de las *Instituciones oratorias* con los que pretende ‘formar un orador consumado ya en las costumbres, ya en la ciencia, haciendo ver que los antiguos no distinguieron ésta de la sabiduría’. A partir del octavo, dedica cuatro de ellos a la elocución, ‘así es la más hermosa parte de la retórica, así es la más difícil’. Con respecto a las cualidades elocutivas compendia a sus antecesores y añade otras de su experiencia personal; razón por la cual dedica extensas consideraciones a la claridad, propiedad, ornato, orden, conexión, unidad, variedad, número (ritmo), metro (medida), selección, conveniencia, tono; lectura asidua, copia e imitación de los mejores modelos clásicos, ejercicios de variada índole para cobrar una memoria productiva, correcta pronunciación, incluso gestos y ademanes adecuados al asunto de que tratarse, etc., etc. (8).

(Con Quintiliano se cierra el erudito ciclo de los grandes clásicos grecolatinos, cuyos preceptos continuaron vigentes por toda la Edad Media, pese a la fuerte conmoción provocada por el advenimiento del cristianismo, las invasiones germánicas y la cultura arábiga).

3.5. En pleno renacimiento y barroco europeos, filólogos y hombres de letras de la talla de Juan de Valdés (en España) y Nicolás D. Boileau (en Francia) definirían una época de retorno a los modelos clásicos y, lo que más importa, de efervecencia de las preceptivas literarias, de las ‘artes poéticas’.

Valdés, a quien Antonio de Nebrija arrebatara el privilegio de ser el primer filólogo de la lengua castellana, en su *Diálogo de la lengua*, va y viene continuamente con las buenas cualidades del idioma a cuestas: decoro, naturalidad, conveniencia, fluidez, buen sonido que impide cacofonía, claridad que evita anfibología, concisión, equilibrio o armonía de la cláusula, mesura, verosimilitud, y otras diversas, son sometidas a juicio y comentario agudos, a veces reflexivos, a veces irónicos hasta el sarcasmo (9).

Boileau, apodado cáusticamente el Legislador del Parnaso, representa, más que una legislación universal de la poesía, una reacción en contra de dos tendencias amaneradas de la sociedad y literaturas francesas de su tiempo: el preciosismo galante y lo burlesco. Por eso, sus reflexiones contenidas en los cuatro cantos de su *Arte poética*, giran en torno de la razón y sentido común, de la estéril abundancia, de la variedad y monotonía, la vulgaridad y nobleza del lenguaje, el tono adecuado al asunto, la armonía sonora, la precisión y claridad, corrección y propiedad, autocorrección y pulido, unidad, verosimilitud, conveniencia, decoro, nivelación lingüística, etc. (10).

(Otros autores como Sablet, Du Bellay, Ronsard, Corneille (en Francia), y Mayans y Siscar, Luzán, Capmany Surís y Montpalau (en España) completan el panorama retórico-poético de una época ya signada por el neoclasicismo).

3.6. Románticos y modernistas (siglos XIX y XX) discutieron la legalidad y vigencia de las cualidades estéticas tradicionales. Algunas escuelas de vanguardia las desconocieron lisa y llanamente, incluso, las ridiculizaron. Sin embargo, de continuo se vuelve a ellas como aspiración de normalidad, equilibrio, sobriedad, medida. De allí que no resulta extraño encontrarlas en manuales y tratados españoles y americanos con destino a la enseñanza primaria, secundaria y terciaria. Martín Vivaldi, Lapesa Melgar, Martín Alonso, Antonio de la Torre, Carlos A. Loprete, Nicolás Bratosevich, Calixto Oyuela, Mabel Manacorda de Rosetti, por nombrar unos pocos representativos, las recomiendan para escribir con corrección, propiedad y estilo.

3.7. La escuela argentina recogió como herencia opípara esa larga preceptiva lingüístico-estilística legada por la antigüedad clásica, recibida de manos de dos genios estupendos, Aristóteles y Horacio, y enriquecida por la áurea producción de Virgilio. Y la incorporó en sus programas de estudios, en sus planificaciones de clases, en sus objetivos direccionales y operacionales, en sus actividades. Y la convirtió en condición sine qua non del área del lenguaje. Y la impartió sin convicción y fervor necesarios, sin método y seguimientos pertinentes. Y la volvió a recoger convertida en fruto raramente opimo. Es que, hace tiempo, hubo de arrancarla de su soporte natural: el pensamiento, el afecto, y la conducta, amalgamados en un todo indisoluble. Es que, hace tiempo, hubo de reducirla a prédica sin resonancia, a teoría sin práctica, a lecciones sin incentivación ni posibilidades de transferencia. Es que, hace tiempo, hubo de confinarla como fenómeno aislado, por no haberla integrado en una programación coherente, graduada, progresiva en todos los niveles de la enseñanza.

Para tranquilidad de los responsables de las asignaturas lingüístico-literarias, conviene recordar que insuficiencias metodológicas similares ocurren en las demás áreas; pues, si atienden sólo al contenido desvalido de la expresión, no lo someten a una necesaria recopilación, selección y clasificación de datos, a una obligada organización en planes de análisis y síntesis; a una correcta interpretación y exposición; a una apropiada disposición en resúmenes, comentarios, informes, monografías.

Como si fuera poco, a esta compleja problemática psicopedagógica vino a sumarse la complicación un poco exótica del lenguaje tropológico y figurativo.

4. Declinación del lenguaje tropológico y figurativo

4.1. En la misma antigüedad grecolatina, junto a la retórica y a la poética, creció también, y cada vez más lozano, el lenguaje figurativo y tropológico. Los mismos autores hasta aquí tratados, sobremanera Aristóteles y Horacio identificados en Virgilio, y unos pocos talentosos más, se ocuparon en clasificarlo, aclararlo y enriquecerlo, a despecho de una mayoría mediocre que se encargó de complicarlo, amanerarlo, cuando no sofisticarlo. En estos últimos, sumados los malos discípulos, aquella testimonial y sugerente forma del lenguaje no significó más que un mero inventario de figuras y tropos, como el que sigue: la palabra artística (palabras primitivas de buen cuño y correctas, compuestas y derivadas; uso oportuno del equívoco y de voces técnicas; apropiado empleo de homónimos y sinónimos); la pureza del lenguaje (evitando purismos, arcaísmos, barbarismos, neologismos); las elegancias del lenguaje (elipsis, pleonismo, hipérbaton, conversión, retruécano, disyunción, conjunción, epíteto); los tropos (metáfora, alegoría, seneccdoque, metonimia, ironía, hipérbole); las figuras descriptivas (hipotiposis, topografía, prosopografía, retrato, paralelo, etopeya, carácter, enumeración, perifrasis, comparación, antítesis, narración); las figuras lógicas (sentencia, epifonema, paradoja, gradación); las figuras patéticas (apóstrofe, interrogación, dialogismo, personificación, exclamación, dubitación, reticencia, alusión); los estilos (lógico, pintoresco, patético); los géneros (épico, lírico, dramático, oratorio, didáctico), sin contar sus cualidades, ni multiplicadas divisiones, ni el ritmo, ni la rima, ni la medida, ni las combinaciones métricas, etc.

(Adrede, mezclamos las figuras y los tropos con las demás elegancias del lenguaje literario para que se note la complicación a que aludimos).

4.2. Esta simple nómina desposeída de su verdadero sentido lógico-psicológico, además de ético-estético, provocó la decadencia retórico-poética. Ricoeur la explica con autoridad y energía: "(...) a partir de los griegos, la retórica en efecto se fue reduciendo poco a poco a la teoría de la elocución por amputación de sus partes principales, la teoría de la argumentación y la teoría de la composición; a su vez, la teoría de la elocución, o del estilo, se ha reducido a una clasificación de figuras, y ésta a una teoría de los tropos; la tropología misma ya no prestó atención más que a la pareja formada por la metáfora y la metonimia al precio de la reducción de la segunda a la continuidad y de la primera a la semejanza. (...) la declinación de la retórica resulta de un error inicial que afecta a la teoría misma de los tropos (...). Este error inicial tiene que ver con la dictadura de la palabra en la teoría de la significación. De este error percibimos el efecto más alejado: la reducción de la metáfora (sobrentiéndose lenguaje figurativo y tropológico) a un simple ornamento"(11).

4.3. La escuela argentina hizo suyo ese mismo error de derivar la palabra-idea a la palabra-adorno. Oropel fácilmente despegable; hojarasca dócilmente arrastrada por la brisa matutina.

No exageran ciertas opiniones cuando afirman que, hoy, el proceso de enseñanza-aprendizaje se remite más a una información de datos que a una formación integral del educando, al desconocerlo como a una totalidad psíquica personal y, simultáneamente, como a una parcialidad social colectiva; que sólo se preocupa por fenómenos aislados y atomizantes de la dramática realidad individual y comunitaria del hombre. Lo que a menudo acontece en las clases de las distintas áreas disciplinarias constituye el mejor de los documentos: recitado farragoso de lecciones que no incentivan al alumno y que, para peor de males, lo desconectan de la propia y vivencial experiencia.

Para evitar estragos mayores, urgentemente, la escuela debe restituirle a la vetusta y veneranda preceptiva retórico-poética aquello que le arrebatara los avatares del tiempo: su numen o esencia; su fundamento lógico, psicológico, ético, estético y social. Es posible que, por lo mismo, haya necesidad de vuelta al clásico modelo humanístico de educación.

5. Una vuelta al modelo humanista de educación

5.1. Nuestra colega de la Facultad de Humanidades, profesora Malvina Antonietta de Gabardini, en una comunicación leída en el ENCUENTRO ya mencionado, nos recuerda: "Los modelos educativos se constituyen, mediante sucesivos aportes, en largos períodos históricos. El mundo occidental, específicamente, reconoce la paternidad del modelo de educación humanista en casi todas las propuestas dadas en su devenir. Aún hoy, los intentos de superar, por la vía educativa, las dramáticas conyunturas en las que peligra la integridad humana, no suelen ofrecer más que una nueva síntesis de este modelo"(12).

5.2. Es cierto: en desfile fantasmal, aparecen y desaparecen tales intentos en todos los ámbitos de la educación del siglo XX. En el área del lenguaje, nomás, son muchos los modelos que pretendieron paliar la vacuidad de los programas e instrucciones oficiales y la de su correspondiente tratamiento didáctico. Así, por ejemplo, la clasificación de H.B. Reed, sustentada en Argentina por R.H. Castagnino, de los distintos métodos para la enseñanza de la composición en arte de pensar, arte de motivar y arte de escribir, nos advierte de los peligros seguros que supone el hecho de ser unilateralmente impartidos. Al respecto, concluye Castagnino: "(...) los tres métodos no son excluyentes entre sí; por el contrario, en su oportuna e inteligente integración finca el éxito de la didáctica de la composición. (...) la parte de éxito o de fracaso que ellos implican, está siempre en razón directa del mayor o menor fervor docente del maestro o profesor, quien siempre será la clave de la enseñanza"(13).

5.3. En este sentido, uno de los modelos más adecuados a la formación humanística del alumno es el propuesto por Julio Payot, distribuido en los 'dos ciclos de la organización del pensamiento humano'; una rápida esquematización puede demostrarlo:

Primer ciclo: La cultura de la razón

I. Los métodos de observación

- 1o) los cuerpos u objetos exteriores y sus propiedades
- 2o) los espíritus y sus estados de conciencia (ideas, sentimientos, actos)
- 3o) las semejanzas (o diferencias)
- 4o) las sucesiones y las coexistencias fortuitas o necesarias (causales)

II. La verificación de las pruebas

- 1o) planes, guías, cuestionarios
- 2o) diálogos socráticos

Segundo ciclo: La cultura artística o estética

I. La educación de los sentimientos

- 1o) los altruistas
- 2o) los pedestres

II. La formación del estilo

- 1o) cualidades positivas y sus contrarias
- 2o) figuras y tropos

Muy seguramente, para Payot organizar los cursos de composición no es tarea fácil: implica un paciente y esforzado trabajo de selección bibliográfica, de lecturas-modelos, de medios audiovisuales, de asuntos o temas competitivos, de técnicas de aprendizaje; complementado con excursiones, visitas a museos, bibliotecas y exposiciones; con asistencia a conferencias, recitales poéticos o musicales; con participación activa en manifestaciones culturales; etc.; todo ello, de acuerdo con objetivos bien definidos, claramente enunciados, además de graduales y progresivos. Por supuesto, no es labor para un maestro solo, ni de un año: requiere la colaboración de los demás, incluso de las otras disciplinas. "Así como en el combate la coordinación de las armas para la acción común es necesaria -razona el ilustre pedagogo francés que nos guía-, en la educación, la coordinación de todas las disciplinas para desarrollar esas cualidades esenciales del espíritu debería ser absoluta"(14).

No cabe dudas: esta vuelta al modelo humanista de educación no significa más que el retorno al modelo de hombre alabado por Virgilio.

6. Retorno a Virgilio y axhortación

6.1. El camino de retorno a Virgilio se vuelve poco menos que inexorable desde este desconcertado mundo contemporáneo occidental. Un atajo veloz sería el acogernos a las contribuciones que 'él delinea por primera vez, en la historia de la cultura, con trazos firmes y que pasan luego a incorporarse a la estructura de la educación humanista'; contribuciones que la profesora de Gabardini -a quien ya acudiéramos más arriba- sintetiza en tres:

“Primera: La que se incluye en el ámbito de la educabilidad, o sea de las capacidades o predisposiciones que ofrece el educando y que lo habilitan para la recepción del influjo educativo. En este plano, el hombre de Virgilio incorpora la actitud piadosa, de amplia disponibilidad, que le permite superar los impulsos negativos, las 'fuerzas ciegas', no solamente por una vía estrictamente racional, como la que sigue el Sabio, sino que, incluyéndola a ésta, añade la de los impulsos afectivos, traducidos en una viva adhesión al cumplimiento del fatum o destino, que de esta manera, se asume con íntima alegría (...)

Segunda: Se incluye esta contribución en el área de las estrategias educativas, es decir, en los modos seleccionados para alcanzar exitosamente la meta o ideal formativo. Aquí, el trabajo se incorpora definitivamente como práctica agonal del aspirante a la más alta excelencia, adquiriendo este agón por intermedio de Virgilio, un sentido religioso pacifista, que deja expedito el camino para que cuajen los valores apetecibles al ideal cristiano de vida (...)

Tercera: Está relacionada con el magisterio del poeta latino. Espinosa Polit habla de su 'misión providencial', de su 'pedagogía hacia Cristo'. El magisterio que ejerciera Virgilio sobre sus seguidores, permitió sellar definitivamente ciertos rasgos de la personalidad ideal del hombre occidental, y es una de las fuentes ineludibles a las que hay que retornar, toda vez que se intente revitalizar ese ideal desde sus mismas raíces”(15)

6.2. He aquí el hombre pleno de Virgilio, tanto como él mismo, al que debe tender la educación:

- equilibradamente reflexivo, sentimental y voluntarioso;
- amigo de la filosofía, o sea, del fundamento de la ciencia, del arte, de la técnica;
- lo suficientemente religioso como para compartir la oración y el trabajo, a un mismo tiempo;
- político honesto, como para desempeñar la función pública con dignidad, decoro y justicia;
- desconfiado de la fama, del poder, de los honores, porque suelen engendrar la vanidad y vanagloria, si no la vida dictatorial y viciosa;
- amante de la paz de los campos, de la naturaleza y sus criaturas;

-más admirador de las ciudades tradicionales, con buenas costumbres, que de las cosmopolitas, fatuas, incrédulas y licenciosas;

-tan lleno de piedad para con los humildes, como de severidad para con los soberbios y poderosos;

-predestinado pacifista, nacido para contemplar, comprender, amar, y crear, en todos los momentos cotidianos de la vida;

-heroico batallador en las grandes gestas o empresas de bien común;

-con pasta de héroe y de santo, en suma.

6.3. Ahora, sí, ya sabe la escuela argentina a qué atenerse. Sabe por qué debe abandonar la información huera, la clase vacía y estéril, las exposiciones ostentosas y deshumanizadas, la ejercitación inoperante e intransferible, las conversaciones vanas, los asuntos baladíes, las pruebas persecutorias, las evaluaciones sumamente parciales e injustas, las actividades egoístas, el enfrentamiento generacional. Sabe por qué debe asumir con fe, generosidad, talento y cariño su función magistral, hasta convertirse en el mejor modelo de vida que de ella esperan los alumnos, futuros modelos de la convivencia humana.

Ahora, sí, sabe el maestro en lengua o literatura cuál es la materia, más humana que científica, de que dispone para el planeamiento y desarrollo de sus clases. Sabe que el contenido de su disciplina es el hombre ideal de Virgilio, y su expresión, los más hermosos atributos de la naturaleza. Sabe, en definitiva, cuál es el exacto sentido de las cualidades retóricas, y puede ya, seguro y esperanzado, impartirlas.

De no ser así, continuaremos prefiriendo el lenguaje más popular y adocenado, desprovisto de las más bellas figuras y tropos, pero comprometido, valiente y sincero.

6.4. Tal como quisimos empezar este trabajo, con reflexiones de nuestro apreciado amigo, el doctor Camarero, sentimos la necesidad de terminarlo: "A dos mil años y ante nuestro temido o esperanzado año 2.000, es una voz de Virgilio, como en su tiempo, importante de escuchar en la ansiada recuperación de una vida natural integrada (...) Bien nos viene en tal sentido recuperar el llamado de Virgilio, alabador, cultivador y fundador de la plenitud del hombre. Conforme a su auténtica naturaleza"(16).

NOTAS

- 1.- Nos referimos a la conferencia del Dr. Antonio Camarero, pronunciada en el Acto Académico de Homenaje a Virgilio, e incluida en las ACTAS DEL V ENCUENTRO REGIONAL DE ESTUDIOS CLASICOS, Facultad de Humanidades (UNNE), 1981, p. 15.
- 2.- Cfr. ETTORE BIGNONE, *Historia de la literatura latina*, trad. esp., Bs. As., Losada, 1952, p. 196.
- 3.- Cfr. PAUL ROCOEUR, *La metáfora viva*, trad. esp., Bs. As., Asociación Editorial La Aurora, 1977, p. 21.
- 4.- Para la *Retórica*, nos valimos de la traducción de E. Ignacio Granero, Bs. As., EUDEBA, 1966; y para la *Poética*, de la edición bilingüe a cargo de Valentín García Yebra, Madrid, Gredos, 1974.
- 5.- Cicerón dedicó varias de sus obras a la retórica y a la oratoria; v. gr., *De la invención retórica* (dos libros); *Retórica a C. Herennio* (cuatro libros); *Participaciones oratorias* (Diálogo entre Cicerón y su hijo); *Diálogos del orador* (tres libros); *Bruto, o de los ilustres oradores*; y *El orador, a Marco Bruto*; todas ellas en OBRAS COMPLETAS. VIDA Y DISCURSOS, trad. esp., Bs. As., Anaconda, 1946, T. 1.
- (6) Cfr. *Diálogos del orador*, en OBRAS COMPLETAS..., ya citadas, Libro Primero, pp. 265-266; Libro Tercero, pp. 375-376.
- (7) Consultamos la traducción española incluida en OBRAS COMPLETAS, Paris, Garnier, s. f., II, p. 312; III, pp. 302-303; V, p. 311; VI, p. 313; IX, pp. 315-316; XI, p. 317; XXIV, p. 35; XXVI, p. 36; y XXVII, p. 327.
- (8) Manejamos la traducción española incluida en la edición de Joaquín Gil, Bs. As., 1944, Libro Octavo, Cap. 2o, pp. 344 y 347, Cap. 3o, pp. 349-352; Libro Noveno, Cap. 4o, pp. 423, 429-430, 443; Libro Décimo, Cap. 3o, p. 480; Libro Undécimo, Cap. 1o, p. 505.
- (9) Consultamos la quinta edición de CLASICOS ESPAÑOLES, Zaragoza, Ebro, 1965, pp. 97, 103-106, 110, 113, 119 y 123.
- (10) Cfr. la edición bilingüe franco-española, de la Editorial Clásica, Bs. As., 1953, Canto Primero, pp. 26, 28, 30, 32, 34; Canto Tercero, pp. 52, 56 y 58; y Canto Cuarto, p. 78.
- (11) Véase P. ROCOEUR, op. cit., pp. 76-77.
- (12) Nos referimos a la comunicación "El aporte de Virgilio al modelo humanista clásico de educación", incluida en ACTAS DEL V ENCUENTRO REGIONAL DE ESTUDIOS CLASICOS, ya citadas, p. 23.

- (13) Cfr. RAUL H. CASTAGNINO, **La enseñanza de la composición**, Bs. As., Huemul, 1969, pp. 73-74; allí se alude a H. B. REED, **Psicología de las materias de enseñanza primaria**, México, UTEHA, 1942.
- (14) Cfr. JULIO PAYOT, **El aprendizaje del arte de escribir**, trad. esp., Bs. As., El Ateneo, 1945, p. 329.
- (15) Véase la comunicación ya citada, p. 25.
- (16) Véase la conferencia ya citada, pp. 21-22.